

neral historia de la mas bella, y mas gloriosa parte de sus apostólicos trabajos, nos obliga á insertarla aquí, aunque mas reducida, é interpolada con los demas sucesos de nuestra provincia, segun el plan de cronología que hasta ahora hemos seguido.

Descripcion
de Sinaloa.

La provincia de Sinaloa está como trescientas leguas al Noroeste de México, y se estiende como ciento y treinta leguas á lo largo de la costa oriental del golfo de Cortés ó seno de la California. Por el Norte tiene por límite á la provincia de Sonora: por el Sur la provincia de Culiacán, y una parte del mar Bermejo ó seno californio, que la limita tambien al Oeste. Por el Oriente tiene la Tarmaura y una parte de la provincia Tepehuana: la Calimaya, dice el padre Rivas, comienza desde 27 grados de latitud Septentrional, y se estiende el pais donde se ha predicado el Evangelio hasta los 32. El padre siguió verosímilmente la demarcacion de *Laet* de algunos otros antiguos geógrafos, y comprendió bajo el nombre de Sinaloa una gran parte de la provincia de Sonora, en que ya desde su tiempo tenia la Compañía varias misiones, como se ve en el capítulo 18 del libro de su historia. Los últimos mapas de nuestros misioneros no dan á Sinaloa sino 4 grados de estension por la costa desde 24, 20 hasta 28, 15. Toda la provincia de Sudeste á Noroeste, está partida por una cordillera de montes muy altos que llaman *Sierra Madre*, que con poca interrupcion corre por toda la costa de una y otra América, hasta el estrecho de Magallanes. Esta division ha sido causa de que la nacion de los Chinipas, que cae al Oriente de dicha serranía, se mire alguna vez como provincia separada de la ciudad, quedando este nombre á solo aquellos valles que corren entre el mar y la sierra, y que riegan los cinco rios en que están partidas todas estas naciones. Todos ellos tienen su origen á la falda de los montes, y todos desembocan igualmente en el golfo de California. El mas septentrional y mas caudaloso es el *Yaqui*, que nace en la parte oriental de la sierra, y despues de haber formado por la Sonora un vasto semicírculo, y enriquecido con las aguas de otros rios, desemboca por Sinaloa, como á los 27 grados y 10 minutos. El segundo ácia el Sur, es el *Mayo* que sale al mar en 27 grados, aumentado con cuatrocientos cinco rios menores. El tercero el *Zuague*, á cuya rivera austral estuvo en otro tiempo la villa de S. Juan Bautista de Carapoa, que despues fabricado el fuerte de Montescalros, se llamó *Rio del Fuerte*, y el padre Andres Perez llama por antonomasia el rio de Sinaloa. En esta entra por el Sur el rio de

Ocoroni, y juntos desembocan á los 25 grados y 20 minutos. El cuarto es el rio de *Petalan*, ahora comunmente conocido de los geógrafos por el rio de Sinaloa, por haberse fabricado allí la capital de la provincia con el nombre de S. Felipe y Santiago, despues de la ruina de Carapoa. Llámale tambien rio de la Villa, y antiguamente tuvo el nombre de *Tamotchala*, con que le llama *Laet*, ó *Tamazuela*, pequeño pueblo por donde se arroja al mar con altura de 24 grados y 38 minutos. El quinto es el pequeño rio de *Mocorito*, así llamado á causa de un pueblo situado á pocas leguas de su origen. Antiguamente se llamó de *Sebastian de Evora*, y algunos lo han confundido con el de *Petalan*, y aun con el de *Piaztle*, muchas leguas distante. El rio de *Mocorito* es el límite de Topía y Sinaloa, y sale al mar en altura de 24 grados y 20 minutos. Estos rios en tiempo de las lluvias, aunque en la costa no son muy copiosas, engrosados con las vertientes de la sierra, tienen como el Nilo sus desbordes periódicos, con que mudan y fertilizan las campiñas cercanas hasta dos y tres leguas. Por lo demas, el terreno, aunque plano, es por sí mismo seco, y el temple caloroso como en cuasi todas las costas de la América. En estos valles hay selvas y bosques de tres y seis leguas en que se encuentra el palo del Brasil, y no es muy escaso el Ebanó. Son abundantes de caza, como los rios de pesca, singularmente en su embocadura, en que afirma como testigo de vista el padre Rivas, haber sacado los indios en ménos de dos horas mas de *cincuenta arrobas* de pescado. La tierra misma en sus arcabucos y sus breñas, está mostrando la riqueza que oculta en minas, de que se tuvo noticia muy á los principios de su descubrimiento, y que la pobreza de sus habitantes no ha podido cultivar despues.

Habitan estos vastos paises muchas diferentes, aunque poco numerosas naciones. La diversidad la causa por lo comun, el idioma ó la situacion de sus rancherías, y muchas veces la sola enemistad, aun entre pueblos de una misma lengua. Las casas son por lo general de bejucos entretegidos ó de esteras de caña, que sostienen con horcones á proporcionada distancia, y visten de barro. Las cubiertas de madera son alguna tierra ó barro encima. En los pueblos de la sierra y en algun otro de los mas inquietos y guerreros, fuera de estos particulares edificios, solia haber dos casas de piedra comunes á toda la nacion y bastantemente grandes. En una se recogian de noche las mugeres y en otra los hombres con sus armas, para mayor seguridad y desembarazo, en caso de alguna sorpresa. Pasado el tiempo de las inun-

Usos y costumbres morales de estos indios.

daciones, que duran pocos dias antes de que el trato de los españoles les enseñara otras precauciones, formaban entre las ramas de algunos árboles muy cercanos una especie de tabladós con tierra encima para poder encender fuego; incomodidad que aun despues de conquistados estos países han pasado tal vez los misioneros, cuando la repentina inundacion no ha dado en la noche lugar á mas oportuna providencia. Las puertas de sus moradas són ordinariamente muy bajas, y todas tienen alguna enramada ó covertizo, como portal, en que pasan los calores del dia, y en cuya parte superior secan y conservan sus frutos. Los que principalmente cultivan estas gentes, es el maiz, el frijol y algunas otras groseras semillas, que precisamente siembran á una corta distancia de sus chozas, y que cogen tres meses despues de haber sembrado. Las semillas de Europa y las frutas que han plantado los misioneros, se han dado con bastante felicidad. En su gentilidad no conocian mas que las tunas, las pitayas, y tal cual frutilla silvestre que contaban entre sus mayores delicias. De todas estas plantas, y principalmente del maguay, destilaban vinos ó licores fuertes para sus solemnidades, y celebracion de sus victorias. La embriaguez no era aquí, como es frecuente en otras naciones, vicio vergonzoso de algunos particulares, sino público y común, que autorizaba todo el cuerpo de la nacion. Usábanlo especialmente en aquellas juntas en que se resolvía la guerra contra algun otro partido, y el dia mismo que habian de salir á campaña para adquirir mayor brio. Vueltos de la accion plantaban en alguna pica ó lanza, el pié, cabeza, ó brazo de los enemigos muertos, bailaban con una bárbara música de tambores y descompasados gritos al rededor de aquellos despojos. La letra común del canto era alabar su brazo ó de su nacion, y afrentar á los vencidos. Al baile, en que tambien entraban las mugeres y los jóvenes, seguian los brindis en que no era permitido tener parte sino á las gentes de una edad varonil, escluidas las personas del sexo. Se convidaban despues mutuamente al tabaco que usaban en unas cañas delgadas y huecas, con poca diferencia á manera de las pipas que usan otras naciones. Si esta ceremonia se practicaba con gentes de distinta nacion, no podían admitirla sin contraer una solemne alianza, cuya transgresion se procuraba vengar con el mayor rigor. En la guerra sus armas ofensivas eran el arco y la flecha, untadas del jugo venenoso de algunas yerbas, que en siendo fresco, por poco que penetre la flecha, no lo cura antidoto alguno; usaban tambien para de cerca, macanas de leño muy pesado, y los princi-

pales de picas ó chuzos de palo del Brasil. Su arma defensiva era una especie de escudo ó adarga de cuero de caiman, que de alguna distancia resiste bien á las flechas. Para salir á campaña se pintaban el rostro y algunas otras partes del cuerpo, y adornaban la cabeza con vistosas plúmas de Guacamayas, aves muy hermosas de las Indias, que procuraban criar con el mayor cuidado.

La deshonestidad sigue muy de cerca á la embriaguez; sin embargo, entre estos pueblos tenia particular estimacion la *virginidad*. Las doncellas usan en algunos de estos pueblos una concha de naçar, curiosamente labrada, como para señal de su condicion, que les era muy afrentoso perder antes del matrimonio. Este no lo contrahian sino con expreso consentimiento de los padres, y lo contrario sería entre ellos una monstruosidad inaudita. El marido quita á la nueva esposa, en presencia de sus padres y parientes, aquella concha que traen pendiente al cuello las vírgenes. Repudian con pequeño pretexto á sus mugeres; pero la pluralidad no es comun sino entre los gefes ó caciques de la nacion; una india doncella anda sola por los campos y los caminos, y pasa de unas á otras naciones sin temor de algun insulto: parecería esta una prueba evidente de continencia y circunspeccion admirable aun entre naciones mas cultas, si no se hubieren hallado en estas gentes resquicios de otras infinitamente mas abominables torpezas, aunque no tan autorizadas, como en *Culiacán* y *Chiamellán*; en Sinaloa, bien que no fuesen muy raros los ejemplares, se miraban sin embargo con horror las gentes de esta infame profesion. La sujecion de las leyes era absolutamente ignorada, como toda especie de gobierno. La autoridad de los caciques solo consistia en ciertas distinciones vinculadas á su nobleza, y en la facultad de convocar las asambleas del pueblo para convocar la guerra, ó para contraer alguna alianza. La ancianidad daba entre ellos la misma prerogativa que la sangre, y una y otra aventajaba la valentia, y la gloria de las armas. La liberalidad y la hospitalidad, la practicaban indiferentemente con todos los de su pueblo, y aun de los forasteros, como no fuesen declarados enemigos, ó como si fueran hermanos, aunque jamás se hubiesen visto. Las mugeres se cubren de la cintura para abajo con mantas que tejen de algodón; los hombres rara vez las usaban, y por lo comun andaban enteramente desnudos. Entre los de un mismo pueblo ó sus aliados, jamás se veian pleitos ó riña alguna. El homicidio, el hurto, el engaño, el trato inícuo, no tenia cuasi ejemplar entre ellos. El vicio de comer carne hu-

mana no era general sino entre los pueblos serranos, que vivian absolutamente como otros tantos brutos. En las mas de estas naciones no se hallaron ídolos algunos, ni altar, ó alguna especie de adoracion y de sacrificio. Ninguna divinidad, ninguna especie reconocian. Si no eran puros atéistas de entendimiento, por lo ménos su tal cual especie de religion solo consistia en el miedo grande que tenian á sus *médicos* †, si merecen este nombre, ciertos viejos hechiceros que tenian el afecto de algunas misteriosas apariencias con que engañaban á estos infelices. Puede creerse por una religiosa ceremonia la de sus sermones. Estos hacian por lo comun sus hechiceros y sus caciques, y los asuntos eran solo aquellos que interesaban á todo el cuerpo de la nacion. Encendíase una grande hoguera en medio de la plaza; sentábanse todos al derredor, y convidábanse mutuamente con cañas de tabaco. Despues se levantaba el de mas autoridad. Un profundo silencio reinaba en toda la asamblea. El orador con voz mesurada comenzaba su discurso, dando al mismo tiempo vuelta á la plaza con paso lento y magestuoso. Conforme á la fuerza de la oracion, crecia tambien la aceleracion del paso y el tono de la voz, que llegaba á oirse con el silencio de la noche en todo el distrito del pueblo. Acabada su arenga volvía aquel á sentarse á su lugar. Los circustantes lo recibian con grande aplauso. Mi abuelo (le decian si era anciano) haz hablado con acierto, te agradecemos tu doctrina; tu corazon y el nuestro están muy de acuerdo en todo cuanto has dicho. Luego le ofrecian de nuevo caña de tabaco, y otro se levantaba y hacia otro discurso en la misma forma. Cada uno hablaba poco mas de media hora, y en siendo de importancia la materia, pasaban en esto la mayor parte de la noche. Los oradores no perdian jamás el fruto de su trabajo. El auditorio quedaba siempre persuadido y resuelto. Tanto aun en medio de su barbárie era viva y enérgica su elocuencia. Sus expresiones, aunque muy sencillas, eran de una simplicidad noble y hermosa, y movian los afectos con tanta mayor fuerza, quanto el orador mismo tomaba una gran parte en el asunto, y estaba enteramente poseido de la verdad, para proponerla con viveza. Los Ahomes, decian en una ocasion de estas, han entrado en nuestras tierras, se han divertido y han bailado al derredor de las cabezas de nuestros hermanos, de nuestros mas bravos guerreros. Mirad sus casas desamparadas: hay tenéis á sus po-

Elocuencia
varonil de es-
tos indios.

† No faltan aun personas que les teman tanto como á la peste misma.

bres mugeres viudas, á sus chicuelos huérfanos. Hablad vosotros, hijos míos. ¡Mas qué han de hablar! Su desolacion, sus lágrimas ¿no están pidiendo venganza? ¿No se interesa en ello el honor de los Tehuecos? ¿Son mejores sus arcos, son mas penetrantes sus flechas, son mas fuertes sus brazos, mas robustos sus cuerpos? ¿No los hemos vencido en tal y tal campaña? ¿No tiemblan los Ahomes (decian nombrando algunos de los mas valientes) no tiemblan del arco de nuestro padre N., de la macana de nuestro hermano N..? Salid contra ellos, salid á defender vuestros hogares y vuestros maices, poned en seguro vuestras mugeres y vuestros hijos. Aseguradnos con vuestro valor la posesion de este hermoso rio, que riega nuestras sementeras, que hace tan envidiable á los enemigos nuestra morada. Ya me parece que veo sobre las picas sus cabezas y sus brazos que nos han causado tanto daño. Breve, si no me engaña mi corazon y vuestros semblantes, breve he de bailar y he de beber en este mismo lugar, mirando con gusto y con escarnio sus cuerpos destrozados. Tales eran los sermones de los indios de Sinaloa, segun la relacion del padre Martin Perez, el primero de nuestra Compañía que entró en aquellos paises, por donde se ve *que el interés propio, el amor del bien público, la solidez de los asuntos, y el deseo de persuadirlos, es el origen de la retórica, y que el carácter de la verdadera elocuencia, es el mismo en todas las naciones.*

Aunque el padre Andres Perez y todos los manuscritos de donde este autor tomó las noticias, afirman constantemente no haber sido descubierta por los españoles la provincia de Sinaloa hasta los años de 1537, no es menester mas que leer las Decadas de Herrera para certificarse, que Nuño de Guzman, desde el año de 1532, habia entrado en Sinaloa y penetrado hasta el rio Yaqui, que aquel cronista con poca alteracion llama Yaquimi. Y aun ántes de él habia llegado hasta el rio de Tamotchala, ó Tamazula, que ahora se llama de Sinaloa, el capitan Hurtado, que descubriendo la costa por órden del marqués del Valle, y habiendo saltado en tierra, obligado de la necesidad con poca gente, fué muerto á manos de los indios, entre quienes halló despues Nuño de Guzman señas muy recientes. Pasaron algunos años sin que se pensara en la conquista de estos paises, hasta que se excitó la curiosidad con la ocasion que vamos á referir, que aunque tiene un cierto aire de aventura fabulosa, es universalmente contestada por todos los impresos y manuscritos que han tratado esta materia. Habia, como dejamos escrito al principio de esta historia, entrado á la conquista de

la Florida Pánfilo de Narvaez, † por los años de 1528. La infelicidad siguió siempre muy de cerca los pasos de este capitán. El terreno, los mantenimientos, el clima, el furor de unos bárbaros, y la mala fé de los otros, acabaron muy en breve con todo el ejército, de que solo quedaron cuatro hombres, y fueron, Alvaro Nuñez Cabeza de Vaca, Alonso del Castillo, Diego de Orantes, y un negro llamado *Estevan*. Estos infelices solos en medio de innumerables naciones bárbaras, sabiendo que estaban en tierra firme, y que no podían dejar de salir á tierra de españoles, tomaron la atrevida resolución de salir de aquel país, sin noticia de los indios, como en efecto lo ejecutaron á los 14 de setiembre, verosímilmente del siguiente año de 1529. Los trabajos de esta peregrinación, y el modo admirable con que atravesaron tan inmensas distancias, no solo sin persecuciones de parte de los indios, pero aun con su ayuda y socorro, cuenta difusamente D. Antonio de Herrera, á quien remitimos al curioso. No nos ha conservado la historia el tiempo que gastaron en esta peregrinación, y solo sabemos que llegaron á México, siendo virey D. Antonio de Mendoza, á 22 de julio del año de 1536, aunque Grijalva escribe 35. El piadoso virey les procuró todo regalo, y quiso informarse de todas las particularidades de su viage, de las regiones, de los rios, de los montes, de la naturaleza, idiomas, y costumbres de todas las naciones por donde habian pasado tan sensiblemente protegidos del cielo. Habéndole ellos alabado mucho la fertilidad, la abundancia y géneros de Sinaloa, donde habian sido bien recibidos, y que el mismo júbilo de verse tan cerca de españoles, les habia pintado como un paraíso, quedó el virey determinado á enviar exploradores á aquellas tierras. Efectivamente, por los años de 1538 envió por gobernador de la nueva Galicia á *Francisco Vazquez*, y con él algunos religiosos de S. Francisco, que sin el ruido de las armas entrasen descubriendo todo el país al Norte de Culiacán. Fr. *Marcos de Niza*, uno de aquellos religiosos, partió de la villa de S. Miguel, á 7 de marzo de 1539. Acompañábase por orden del virey el negro *Estevan*, compañero de Alvaro Nuñez. Fuéron bien recibidos de los indios, á quienes procuraba inspirar conocimiento del verdadero Dios; y aunque no se sabe que bautizase algunos, sin embargo la pobreza, la benignidad y la dulzura del religioso varón, se hicieron respetar de aquellos bárbaros que le llamaban en su lengua *hombre del cielo*. Este piado-

Nombre de mal agüero entre los militares.

so explorador, habiendo avanzado mucho al Norte de Sinaloa, desamparado de *Estevan*, que ó le mataron, ó se le escondió y quedó perdido entre aquellas selvas, y aun amenazado de los indios, que no se hallaban de humor de seguirle tan léjos de sus tierras, volvió á Compostela á fines de aquel año, y dió cuenta de su expedición al virey en una relación maravillosa, que puede verse en muchos otros autores, y no pertenece á nuestro asunto.

El famoso viage de Fr. *Marcos de Niza*, hizo concebir á todos muy altas esperanzas de una conquista tan gloriosa. El virey D. Antonio de Mendoza, el marqués del Valle por capitán general y gobernador de las armas, y el adelantado D. Pedro de Alvarado, en virtud de cierto asiento que tenia hecho con S. M. para el descubrimiento de las costas del mar de California, disputaron algun tiempo á quién pertenecía semejante expedición. Se dió mas prisa que todos el virey, y á principios del año siguiente puso en pié un ejército de doscientos infantes y ciento cincuenta caballos, bajo la conducta de D. Francisco Vazquez Coronado. Por mayo salió de Culiacán el campo, y á cuatro jornadas llegaron al rio de Petatlán, de allí, en tres, al de Zuaque, llamado entónces de Sinaloa. El general despachó de aquí diez caballos, que doblando las jornadas, llegasen al Arroyo de Cedros, de donde deberian seguir al Nordeste por una abra que hace la Sierra ácia aquella parte. Siguiendo este rumbo llegaron al arroyo y valle de los *Corazones*, nombre que le habian puesto los compañeros de Alvaro Nuñez. Este arroyo y valle pensamos sea aquel que corriendo de Oeste á Este desemboca en el rio que llaman hoy de los Mulatos, á cuya orilla está ahora el pueblo de Yecora. Lo cierto es que el valle y rio estaba en los confines de Sinaloa y Sonora, como lo significan todas las relaciones. En los manuscritos hallamos haberse aquí fundado una villa con cuarenta españoles que llamaron *Pueblo de los Corazones*, en que quedó por alcalde y justicia mayor Diego de Alcaraz, hombre altivo é inhumano. Entre tanto pasó adelante el ejército en busca de las grandes ciudades de que habia dado noticias tan alegres Fr. Marcos de Niza. Alcaraz comenzó á tratar con dureza á los indios, hacíalos esclavos contra las órdenes de S. M. é intenciones del piadoso virey. Para poblar la nueva villa, robaba las hijas y mugeres que la simplicidad del país permitia andar solas por los campos. Una conducta tan bárbara irritó á los indios. Sorprendieron la villa en una obscura noche; de cuarenta no escaparon sino seis de sus manos. Dos salieron al ejér-

cito; de los otros cuatro mataron al uno, y los otros dos, con un clérigo que habia quedado de cura, fueron á dar á Culiacán. Este éxito tuvo la primera poblacion de los españoles en Sinaloa. El resto del ejército no fué mas feliz. Despues de largas peregrinaciones, que por la mayor parte habian burlado sus esperanzas, recibió un gran golpe el general cayendo de un caballo de que segun algunos, murió, y segun otros, le quedó perturbado el juicio. Herrera da á entender que el deseo de volver á su casa y la dulzura del gobierno, le hizo fingir mayor enfermedad, con murmuraciones de sus mejores capitanes, y no poca indignacion de D. Antonio de Mendoza.

En muchos años no se pensó en poblar á Sinaloa, hasta que gobernando la Nueva-España D. Luis de Velasco el viejo, envió por primer gobernador de la Nueva-Vizcaya á D. Francisco de Ibarra. Este, á persuacion de D. Pedro Tovar, oficial que habia sido de mucha distincion en el ejército de Coronado, despues de haber atravesado con grandes penalidades y trabajos la Sierra de Topia, entró en Sinaloa con algunos religiosos de S. Francisco, y á la rivera austral del rio Zuaqui, fabricó la villa de S. Juan Bautista de Carapoa, á trece leguas de la costa, en una hermosa península que forma este rio con el de Ocoroiri, que en él desagua. Dejó por gobernador á D. Pedro Ochoa de Garraga, y por cura al Lic. Hernando de Pedroza con algunos religiosos franciscanos. El general Ibarra habia pasado con su campo muy dentro de la Sonora. Los indios le recibian generalmente bien, y hubiera desde luego procurado á la corona y á la religion establecimientos muy sólidos; pero en el mayor ardor de sus descubrimientos recibió cartas de Guadalajara en que le decian, que habiéndose descubierto riquísimos minerales en Chiametlán, habia dado el virey al oidor Maroñez la comision de cuidar de su cultura. Que viniendo en diligencia podria prevenir la llegada del oidor, y aprovecharse de tan útil descubrimiento. Con esta noticia, doblando las marchas, volvió precipitadamente á Chiametlán. Poco despues de su vuelta los indios de Ocoroiri y los Zuaques dieron cruelmente la muerte á Fr. Pablo de Acevedo y á Fr. Juan de Herrera. Lo mismo hicieron con quince españoles que habian venido á comprar maiz á sus pueblos, despues de haberlos falsamente acariciado con algunos víveres de que estaban muy necesitados. Prendieron fuego á la villa por dos ó tres partes, y huyeron al monte. Los pocos que habian quedado en ella se retiraron á un fortin de madera que fabricaron con prisa. El alimento no se conseguia sino á costa de

alguna sangre: crecia la necesidad y con ella el brio de los indios. Se determinaron á dar aviso á Culiacán, de donde efectivamente se envió un pronto socorro; pero cuando llegó, ya los españoles habian desamparado el fuerte y la villa de Carapoa, y retirádose al rio de Petatlán donde podian ser fácilmente favorecidos.

Algunos años habian pasado con quietud los moradores de Petatlán cuando D. Pedro de Montoya, soldado veterano y práctico, alcanzó del gobernador de la Vizcaya, que era entónces D. Hernando de Trejo, facultad de entrar con gente en Sinaloa. Se alistaron en Culiacán treinta soldados, y quiso acompañarlos el Lic. Hernando de Pedroza que habia ántes estado en Europa. Salieron de S. Miguel á fines de enero de 1583. Entrando por el valle de S. Sebastian de *Ebora*, *Orabatu* y *Mocorito*, vieron con dolor las poblaciones quemadas y vacias. Los indios, temerosos al arribo de los españoles, huyeron á la Sierra, hasta que asegurados por un intérprete dejaron las armas y volvieron á sus pueblos. Despues de algunos sustos fueron bien recibidos en *Bacoburitu* y *Chicoratu*, á una y otra costa del rio de Petatlán, y se pensó en el descubrimiento de minas. Se dió asiento á la nueva villa vispera de S. Felipe y Santiago, de que se tomó posesion en nombre de S. M. C. sacando el pendon con descarga de la arcabuceria y algazara militar. Se le dió el nombre de S. Felipe y Santiago de Carapoa en memoria de la antigua, aunque no en el mismo sitio. A D. Pedro de Montoya, gobernando ya la Nueva-Vizcaya D. Hernando Bazan, dieron alevosa muerte los Zuaques, de quienes incautamente habia querido fiarse á pesar de los prudentes avisos de los capitanes Gonzalo Martin y Bartolomé Mondragon. Murieron con él algunos doce soldados. Se recurrió por socorro á Culiacán, de donde vino con prontitud á cargo de D. Gaspar Osorio que no pudo haber á las manos sino á algunos de los agresores. Pareció á este capitan que debia desampararse aquel punto, y hechos en toda forma los requerimientos, la justicia y regimientto resolvieron todos desalojar, como se ejecutó, comenzando á marchar para Culiacán á 15 de agosto de 1584: al llegar al rio de Petatlán encontraron veinte españoles á cargo de D. Juan Lopez de Quijada, que venia por capitan de Sinaloa, con órden que se les notificó de D. Hernando Bazan, y só pena de la vida volviesen luego á poblar la villa de S. Felipe y Santiago, á que prontamente obedecieron: repasando el rio y fortificándose lo mejor que pudieron, esperaron la venida del gobernador.

Este, por mucha prisa que se dió, no pudo llegar hasta abril del año siguiente en el día de jueves santo. Trajo consigo cien españoles y algunos indios amigos. Se detuvo en la villa quince días, y marchó luego al río de Zuaque en busca de los agresores. Dividió su pequeño ejército en dos partes; dió la vanguardia á su teniente Juan Lopez Quijada, y él llevaba la retaguardia. Llegando á la antigua villa de Darapoa, envió por delante á Gonzalo Martin con diez y ocho soldados á explorar la tierra. Estos, siguiendo en una mañana de mucha niebla las huellas de algunos caballos que habian faltado en el ejército, se empeñaron en una espesura en que fué necesario echar pié á tierra. En lo mas interior del bosque hacia un grande y descombrado plano que tenian acordonado los enemigos. Luego que entraron en él los españoles cerraron los bárbaros con grandes árboles la entrada, y descargaron sobre ellos una nube de flechas. Conocida la emboscada quisieron retirarse, pero hallaron impedido el camino. Gonzalo Martin, con cuatro de sus compañeros, muertos ya algunos de sus soldados, sostuvo animosamente la retirada de los demas. Los primeros que salieron sin mas autor que el propio susto, dijeron que todos los demás habian muerto. Tomaron sus caballos y dieron vuelta al campo. Gonzalo Martin y sus compañeros salieron los últimos despues de haber hecho en los bárbaros una horrible carnicería. A la salida del monte se hallaron sin los caballos y sin pólvora. Cargaron los enemigos sobre ellos y los españoles vendieron muy caras sus vidas. Duró el combate hasta el medio día, en que faltos de sangre y fuerzas, teniendo que combatir con nuevas tropas que venian de refresco, y acometidos de los bárbaros con flechas y con chuzos largos por el temor de sus espadas, cayeron aquellos cinco bravos sobre montones de cadáveres que habian muerto á sus manos. Los bárbaros Zuaques, orgullosos de su victoria, siguieron con diligencia el alcance de los fugitivos. Los mas de ellos habian errado el camino de los reales, y murieron á sus flechas. Diego Perez, muerto el indio capitán y muchos otros de los mas valientes Zuaques, se abrió camino con la espada, y Diego Martinez, despues de haber pasado el día escondido en un charco, llegó al campo con sus armas y caballo. Hernando de Bazan salió al día siguiente con el ejército en busca del enemigo; pero éste, contentándose con algunas ligeras y repentinas descargas en que se mataron algunos, no quiso empeñarse en una accion general. Pasó al lugar de la batalla, halló los cuerpos puestos en orden sin cabeza, y aun el del

capitan Gonzalo enteramente descarnado, porque segun confesaron algunos prisioneros, habian entre sí los bárbaros repartido el cadáver y comídolo para hacerse, decian, tan valientes como aquel generoso español. El gobernador se contentó con poner fuego á sus sementeras y poblaciones, y pasó al río de Mayo. Esta buena gente lo recibió de paz, y le proveyó abundantemente de víveres; pero él, ó porque en realidad los creyese cómplices en la conspiracion de los Zuaques, ó por una avaricia muy autorizada en aquel tiempo, aunque enteramente opuesta á la dulzura y piedad de nuestros reyes, fué poniendo en cadena á los indios é indias que entraban cargados de la vitualla en las tiendas. Conducta bárbara que desaprobó despues el virey marqués de Villamanrique, mandando conforme á las reales cédulas poner en libertad á los indios, y privándole del gobierno, de que por esta y muchas acciones se habia hecho indigno. Habia dejado por capitán en Sinaloa á Melchor Tellez, que poco despues tuvo por sucesor á D. Pedro Tovar, que distando del país se vino luego á Culiacán. Los vecinos españoles fueron siguiendo el pernicioso ejemplo de su gefe. Solo quedaron cinco en la villa: Bartolomé Mondragon, Juan Martinez del Castillo, Tomás de Soberanis, Juan Caballero y Antonio Ruiz, de cuyos comentarios bastantemente exactos hemos tomado estas noticias.

Entre tanto, D. Antonio de Monroy que habia sucedido á Bazan vino á S. Miguel, y á peticion de los pocos vecinos que habian ido á recibirle á Atotonilco, señaló por gobernador de Sinaloa á Bartolomé de Mondragon, que habia quedado en S. Felipe, donde los diputados llegaron con instrucciones muy útiles á la subsistencia y gobierno de la nueva poblacion, á 29 de junio de de 1589. Este tiempo no se empleó sino en dos entradas que hicieron en busca de minas en la provincia de Chinipa, con poca utilidad y mucho riesgo.

A mitad del siguiente año fué señalado gobernador de Nueva Vizcaya D. Rodrigo del Rio y Loza, hombre que juntaba al valor y á la nobleza de sus cunas, una rara piedad y mucho conocimiento de la tierra á que habia entrado muchos años ántes en compañía de D. Francisco de Ibarra. Envió la villa á Antonio Ruiz á cumplimentarle á Chiametlán, donde habia llegado por diciembre del mismo año. Oyó con no poco dolor el infeliz estado de la provincia y de la villa de S. Felipe, y determinó aplicarse todo el cultivo y aumento de Sinaloa. Luego que se vió electo gobernador de la Vizcaya habia pedido con instancias al padre provincial Antonio de Mendoza algunos misioneros.

ros de la Compañía para la instruccion de las naciones vecinas. El padre provincial, que no descaba otra cosa que ver abierta la puerta á la conversion de los gentiles, señaló prontamente dos sugetos de un celo ardiente y de una piedad y fervor á prueba de los mayores trabajos. El padre Gonzalo de Tápia y el padre Martin Perez, partieron á Guadiana, en que debian presentarse al gobernador y estar á sus órdenes. Cuando llegaron, ya el gobernador habia mudado de dictámen; y recibiendo con demostraciones singulares de aprecio y de veneracion á los misioneros: „Yo, padres míos, les dijo, habia suplicado al padre provincial enviase á vuestras reverencias para que trabajasen en el cultivo de estos pueblos vecinos, que Dios y el rey han puesto á mi cargo; pero he sabido que hay paises mas necesitados en que vuestras reverencias puedan emplear su celo con mayor provecho y mayor mérito. Yo me he sentido vivamente inspirado á proponer á vuestras reverencias la conversion de las provincias de Sinaloa. Esta debe de ser la voluntad de nuestro Señor, á quien yo sacrifico de buena voluntad el gusto que tendria con la presencia y direccion de vuestras reverencias.” Los hombres de Dios oyeron con increíble consuelo las palabras del gobernador, en que les pareció oír la voz de Dios que los destinaba á aquellas regiones, tanto mas agradables quanto mas fértiles de penalidades y de cruces. Luego, llenos de gozo, se encaminaron para Culiacán, aunque por caminos escusados y mucho mas largos á causa de la guerra en que ardian entónces los valles de Topia. Caminadas mas de doscientas leguas, y dejando por todos los pueblos una alta reputacion de su virtud y un gran fruto en las almas, llegaron á fines de junio á la villa de S. Miguel de Culiacán. Aquí se detuvieron algunos dias ejercitando los misterios con todo género de personas, con notable edificacion y provecho. Escribieron á la villa de S. Felipe dando razon de su destino y del sublime motivo que los conducia á sus tierras, sin otro interés que la eterna salud de sus almas y de las naciones vecinas. Luego se determinó que Juan del Castillo y Antonio Ruiz, españoles, con algunos de los caciques aliados fuesen á conducir en seguridad á los dos misioneros que entraron cerca de Capiroto, á diez leguas de S. Miguel. Fué muy sensible en los españoles y los indios el regocijo con que recibieron á los padres. Los indios (dice Antonio Ruiz, testigo ocular en su relacion) hincadas en tierra las rodillas, les pidieron á voces el bautismo. Llegaron el dia siguiente al Palmar, cuatro leguas ántes de Mocerito. El caeique de este pueblo, que era cristiano, sabida por

uno de sus hijos la cercanía de los padres, dió órden que se juntasen todos los niños del pueblo que no hubiesen recibido el bautismo. Se puso en marcha á la noche con aquella inocente caravana, que caminando con lentitud llegó á media noche al Palmar en que dormian los misioneros. Aunque muy necesitados de aquel descanso, lo interrumpieron gustosísimos de ver aquellas primicias de la gentilidad que el Señor les ponía á las manos, y de que podian prometerse un agüero tan feliz de sus piadosas fatigas. A la punta del dia se formó una enramada en que dijeron misa los padres con admiracion de los indios. Se administró despues el bautismo á los párbulos, y se detuvieron en aquel incómodo lugar dos dias. De aquí pasaron á Orobatu donde habia una antigua Iglesia de madera cubierta de paja. Aquí hablaron los padres á muchos indios que habian concurrido por medio de un intérprete. Nosotros, dijeron, no venimos á buscar el oro y la plata á vuestras tierras, ni á hacer esclavos á vuestros hijos y mugeres. Véisnos aquí solos, pocos y desarmados, y que solo venimos á daros á conocer al Criador del cielo y de la tierra, sin cuya fé sereis perpetuamente infelices. Los indios de su parte, á pesar de su barbarie, parecieron sensibles á una prueba tan clara de sincerísimo amor. Se mostraron agradecidos y prometieron ser dóciles á sus consejos. Al otro dia entraron en la villa de Sinaloa con grande acompañamiento de indios, y un grandísimo consuelo de aquellos pocos españoles. Estos, dice Antonio Ruiz, ántes de la venida de los padres pasaban todo el año sin oír misa, y aun para confesarse la cuaresma llamaban algun sacerdote de Culiacán, ó se veian precisados á carecer de aquel espiritual alimento.

No crecía ménos el centro de la provincia en fundaciones que hubieran de traerle en los venidero un grande lustre, y en obras insignes de piedad en lo interior de sus colegios. En el de México se veian florecer con extraordinario concurso los estudios. En la *annua* de este año se dice pasaron de cuatrocientos los jóvenes que cursaban nuestras escuelas. En el Seminario de S. Gregorio se cultivaban con incansable esmero los indios. Los caciques de los pueblos vecinos entregaban á porfía sus hijos á la direccion de los nuestros, y se veia entre los mexicanos una devocion y un fervor en la frecuencia de los Sacramentos, que seria digna de grande alabanza entre los pueblos mas cultos y mas antiguos cristianos de la Europa. Determinó por esto mismo el padre visitador Diego de Avellaneda, pasar el noviciado y casa de